



# MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XVI)

Llegamos a Cartagena una mañana de diciembre. Hacía un frío siberiano y Boris tenía un humor de perro pekinés mal alimentado y al que le han pegado una patada en las bolsas genitales, justo castigo a su decidido empeño de intentar montar a una perra loba alemana, inmensa, despampanante y aria pura. En fin. Boris no me agradecía ni pizca lo que había hecho por él y quise pasar la esponja del olvido por el polvo acumulado de su frustración. Alquilamos una tartana en el puerto de Cartagena y le pedimos al conductor que nos llevara al mar Menor, pues yo sabía que la temperatura del agua es allí muy cálida y en días de sol te puedes bañar hasta en invierno. Todo fue llegar al mar Menor y salir el sol. Se levantaron también las nubes del espíritu de Boris y nos dispusimos a bañarnos. Yo me compré medio litro de aceite de oliva en La Unión para que el sol no me dañase la piel y nos divertimos mucho untándonos mutuamente.

Hacia el mediodía ya éramos enteramente felices y fuimos a comer a un merendero de Palos, donde guisaban un plato típico de la región que se llama caldero. Boris estaba entusiasmado con la cocina española. Después de los guisos de mi cuerpo, descubrí los guisos de mi tierra y todo cantaba en él agradecimiento a las leyes históricas que me habían puesto en su camino. Yo temía un tanto sus euforias porque le daba por la utopía revolucionaria, me contaba la historia del movimiento obrero ruso y se ponía frenético si yo le hacía comentarios banales. Por ejemplo, cuando me contó la pugna de Lenin y Trotsky en torno a la revista Iskra y yo le dije que me parecían muy marrulleros, me sacudió

una patada en la boca que, la verdad sea dicha, me hizo mucho daño. Luego me pidió mil veces perdón y se cortó un dedo con un cuchillo de cocina para compensar mi dolor.

—¿Y qué hago yo ahora con este dedo?

—Ponlo en una bolsita y llévalo siempre colgado entre los pechos.

—¡Qué asco!

Mira. No acababa de decirlo y ya corría él hacia el faro de Palos. Se subió al faro y desde allí me gritó algo que yo no oía por el fragor del oleaje y la cortina del viento. Boris tuvo que bajar para decirme que se subía al faro para tirarse porque yo despreciaba su dedo. Y entonces ya no pude más. Ya me cabreeé. Y le dije que estaba de él hasta la coronilla con moño y que se fuera a la mismísima mierda. Y di media vuelta y él también. Yo hacia la tartana y él hacia el faro. Me senté en la tartana junto al carretero, que liaba un cigarrillo mirando de reojo al tontísimo de Boris. El carretero y yo contemplábamos el faro con más curiosidad que horror. El hombre apostaba:

—Dos reales a que no se tira, señorita.

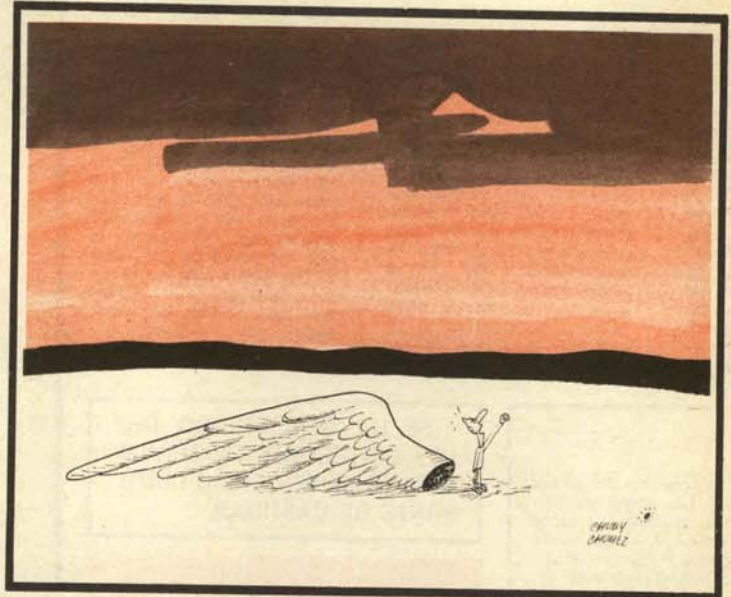
—Qué me va a decir usted a mí. Claro que no se tira.

—Y es que los extranjeros no tienen ni palabra ni lo hay que tener. Un español dice: me tiro, y se tira.

—Y que usted lo diga.

Y Boris volvió diez minutos después. Cabizbajo. Vencido. Se sentó a mi lado y se echó a llorar con la cara en mi regazo. Menos mal que no oyó que el carretero comentaba: «Llorón de la mierda», porque si lo oye se arma.

(Continuará)



## PERICHERMAN

